

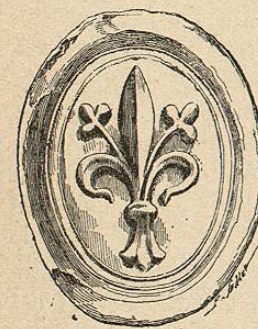
nuestro espíritu y que hacen penetrar en nuestra alma un dolor indecible, declara un papa de aquel tiempo, la cuestión de Sicilia es incomparablemente la más importante; para hacerla triunfar, es preciso dejar á un lado todas las demás; que todo se subordine á ella, sin comparación, sin reserva y sin aplazamiento.» Así los papas, absorbidos por sus asuntos de pequeños príncipes italianos, olvidaban los intereses generales de la cristiandad: la cruzada de la Tierra Santa la relegaban más que nunca al segundo término. Ahora bien; la cruzada de la Tierra Santa era la idea fija de Luis IX; había inmolido á esta idea todas las ambiciones mundanas. Aguardando que la Santa Sede, libre ya de Manfred, de Corradino y de sus últimos partidarios, reuniese en fin, como lo había prometido tantas veces, el Occidente contra los infieles, anunció de repente, con gran disgusto de sus súbditos, que él, por su parte, iba á marchar en seguida.



Anillo de San Luis  
(Museo del Louvre.)

#### IV.—La cuestión de Oriente

Luis IX no economizó nada para combatir á los infieles. Pacífico, económico, muy prudente en las circunstancias ordinarias, no había nadie más belicoso, más pródigo, más obstinado y más fácil de engañar que él cuando se trataba de Oriente. En su juventud le habían afligido sobre manera las victorias de los mogoles paganos sobre los caballeros de Polonia, de Bohemia, de Hungría y de Alemania en 1241 (1). Aquel año, para ayudar al emperador latino de Constantinopla, le había comprado muy caramente las reliquias de la Pasión: la santa corona de espinas, la verdadera cruz, la santa lanza, la santa esponja. A pesar de Blanca de Castilla y de todos sus familiares, había tomado la cruz durante una enfermedad en 1244. Después no la dejó más. En 28 de agosto de 1248 partió, en fin, del puerto de Aigues-Mortes, con una fuerte expedición que había



Contrasello de Luis IX

tardado muchos años en preparar. Esta expedición invernó en Chipre, tomó Damieta, pero fué enteramente destruída ó hecha prisionera durante la retirada que siguió á la derrota de Mansourah (febrero de 1250). Este descalabro, uno de los más grandes que los franceses habían sufrido hacía mucho tiempo en aquellas regiones, no desanimó al buen rey. Habiendo entregado á los emires de Egipto un enorme rescate, sin que por ello quedara comprometido el excelente crédito de que gozaba entre los banqueros italianos (2), pasó cuatro años (desde mayo de 1250 hasta abril de 1254) en Si-

ria, donde hizo reconstruir, costándole mucho dinero, las fortificaciones de Acre, de Jaffa, de Cesarea y de Sidón. No se resignó á abandonar la Palestina hasta el último extremo (3). Después de su regreso á Francia, se hizo tener al corriente de las noticias de Tierra Santa; envió allí dinero; mantuvo allí un contingente de hombres de armas; todos los que manifestaban la intención de ir en auxilio de las últimas posesiones de los cristianos en Asia, amenazadas por el sultán Bibars *el Ballestero*, recibieron sus liberalidades.

Al dejar, mal de su grado, la Siria, Luis IX había guardado la intención de volver personalmente algún día á la guerra santa. Desde 1266 manifestó esta intención á Clemente IV, quien, preocupado por otros asuntos, le respondió al principio de una manera ambigua y no se decidió á aprobarla—en términos muy calurosos, afectados—hasta que le vió decidido á no hacer ningún caso de su parecer. Pero en Francia el desastre de Mansourah había disgustado á mucha gente; y ade-



San Luis trasladando las reliquias de la Pasión á la Santa Capilla. (Longnón, *Documents parisiens sur l'iconographie de Saint-Louis.*)

más de que Carlos de Anjou retenía en Italia á los más atrevidos aventureros, eran muchos los que decían, como los «descruzados» de que habla Rutebeuf: «Se puede muy bien ganar á Dios sin moverse de su país, viviendo de su patrimonio. Yo no hago mal á nadie; si marchó, ¿qué será de mi mujer y de mis hijos? Ya tendremos tiempo de batirnos cuando el soldán venga aquí.» Era preciso, de consiguiente, para reclutar un ejército, no sólo gastar mucho dinero, sino que también emplear estratagemas y hasta la intimidación. Un día Luis IX, quien había rogado al papa que no revelara á nadie su designio, convocó en París, sin decir el objeto, á los prelados y barones del reino para el jueves de mediados de cuaresma, 24 de marzo de 1267.

«Cuando llegué á París, dice Joinville, la tarde de la víspera de Nuestra Señora, en marzo, no encontré á

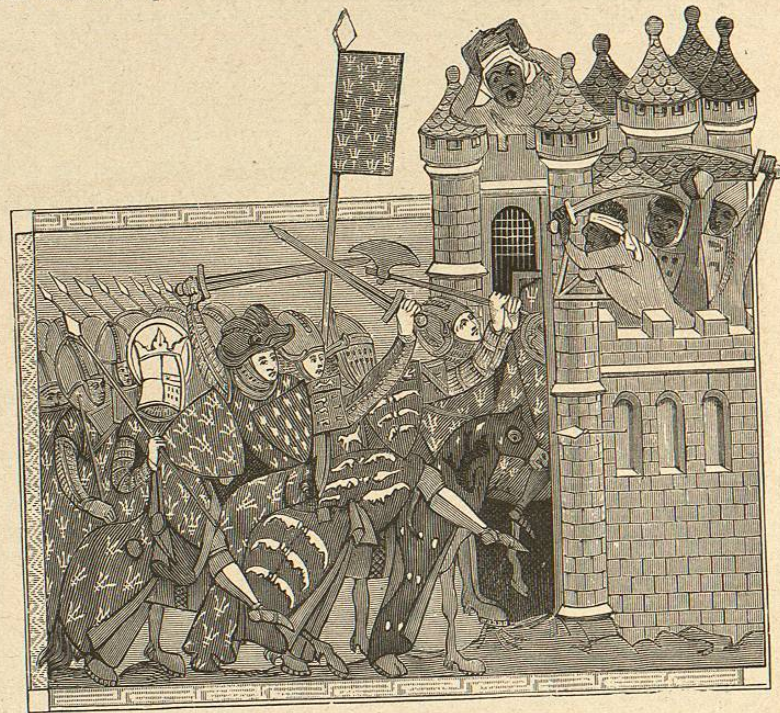
(3) La relación más completa de la campaña de Egipto y de la permanencia de Luis IX en Siria, que se refiere sobre todo á la historia personal del rey santo, se encuentra en la obra *Saint-Louis*, de M. Wallon, tomo I, págs. 225-397; consúltese E. J. Davis, *The invasion of Egypt by Louis IX of France and a history of the contemporary sultans of Egypt*, 1898. Pero nada puede substituir á la lectura del librito en que Joinville consignó sus memorias de campaña. Lo hemos utilizado anteriormente, capítulo II.

(1) G. Strakosch-Grassmann, *Der Einfall der Mongolen in Mittel Europa in den Jahren, 1241 und 1242*, 1893.

(2) A. Schaube, *Die Wechselbriefe König Ludwigs des Heiligen von seinem ersten Kreuzzuge*, en los *Jahrbücher für Nationalökonomie und Statistik*, XV, 1898.

nadie, ni la reina ni otra persona alguna, que supiera decirme para qué el rey me había mandado llamar. Ahora bien; sucedió que me dormí en los maitines, y, durmiendo, vi al rey delante de un altar, de rodillas, á quien unos preladados revestían con una casulla encarnada de sarga de Reims. Llamé á monseñor Guillaume, mi sacerdote, que era muy sabio, y le conté mi visión: «Señor, dijo, veréis que el rey se cruzará mañana.» Le pregunté por qué lo creía, y me dijo que la casulla encarnada significaba la cruz, enrojecida con la sangre que Dios derramó: «En cuanto á que la casulla fuera

entonces se cruzaron también el conde de Dreux, el arzobispo de Ruán, Eudo Rigaud, y una multitud de señores y de eclesiásticos. Pero el señor de Joinville fué de los que resistieron á todas las sollicitaciones: «Fuí muy instado, dice, por el rey de Francia y por el rey de Navarra para que me cruzara. A esto respondí que durante el tiempo que yo había estado al servicio de Dios y del rey en ultramar y después de haber regresado de allí, los servidores del rey de Francia y del rey de Navarra me habían destruído y habían arruinado á mis gentes... Y les dije que si yo quería obrar según la vo-



Toma de Damietta. (De un manuscrito francés que se conserva en la Biblioteca nacional, París.)

de sarga de Reims, dijo, esto significa que la cruzada será de pequeña importancia.» Cuando hube oído la misa, fuí á la capilla del rey y le vi que estaba subido en el andamio de las reliquias y que hacía bajar la verdadera cruz. Dos caballeros, que eran del consejo, comenzaron á hablarse uno á otro, y uno dijo: «Nunca más me creáis si el rey no se cruza aquí.» Y el otro respondió: «Si el rey se cruza, será ésta una de las más dolorosas jornadas que haya habido en Francia; puesto que si no nos cruzamos, el rey nos tendrá mala voluntad; y si nos cruzamos, Dios no nos querrá bien, porque no nos habremos cruzado por él, sino por miedo al rey.»

Al día siguiente, día de la Anunciación, el rey, delante de una numerosa asamblea, pronunció un discurso, *gratiosissime peroravit*; y en seguida habló el legado. Después de lo cual, el rey, sus tres hijos Felipe, Juan y Pedro, los condes de Eu y de Breñaña, Margarita, condesa de Flandes y la mayor parte de los barones presentes recibieron las cruces simbólicas. Más tarde las exhortaciones, las promesas y sobre todo el ejemplo del rey, arrastraron á Thibaut, rey de Navarra, su yerno; á Roberto, conde de Artois, su sobrino; á Guido de Flandes, á los condes de la Marche, de Soissons, de Saint-Pol, etc. Cuando el príncipe Felipe fué hecho caballero, en las fiestas de Pentecostés, el cardenal de Santa Cecilia predicó de nuevo en la isla de la Cité, y

luntad de Dios, me quedaría aquí para ayudar y defender á mi pueblo, porque si yo expusiera mi cuerpo en la aventura de la peregrinación de la cruz, allí donde vería claro que había de ser para daño y perjuicio de mis gentes, enojaría á Dios que expuso su cuerpo para salvar á su pueblo.» Si Joinville hubiera osado, habría desaconsejado el viaje al mismo rey: «Cometieron pecado mortal los que lo aprobaron, dice él. Débil como estaba, si se hubiese quedado en Francia, hubiera vivido bastante para hacer muchas obras buenas; todo el reino estaba entonces en paz en el interior y con todos sus vecinos. Y después que hubo marchado, las cosas no hicieron más que empeorar.»

Jamás Luis IX desplegó tanta actividad como en el curso de los tres años durante los cuales preparó su última expedición (1). Mientras que se exigían simultáneamente contribuciones á los clérigos y á los laicos, entró en negociaciones con Venecia y con Génova para el transporte. No contento con haber comunicado, de grado ó por fuerza, su entusiasmo á sus familiares y con hacer reclutamientos entre sus vasallos, se esforzó en reunir á su alrededor á los extranjeros de quienes era

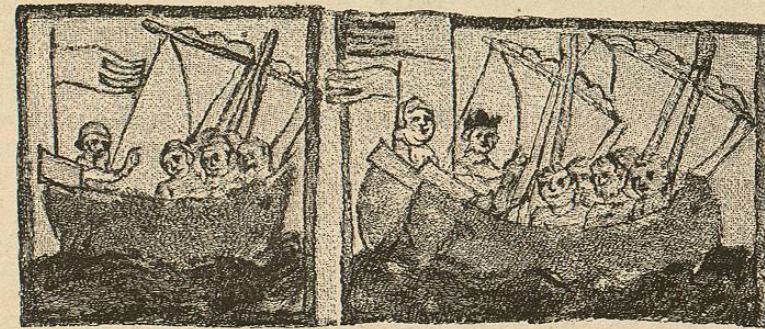
(1) R. Sternfeld, *Ludwigs des heiligen Kreuzzug nach Tunis und die Politik Karl I von Sizilien*, 1896. Consúltese G. Caro, *Zum zweiten Kreuzzug Ludwigs IX von Frankreich*, en la *Historische Vierteljahrschrift*, III, 1898, pág. 238.

el árbitro: hizo renovar las treguas entre Inglaterra y Navarra; obtuvo de los reyes de Portugal y de Aragón, y del príncipe Edmundo de Inglaterra, promesas de que coadyuvarían á su obra; finalmente, envió al archidiacono de París y á uno de sus mariscales á la corte de su hermano Carlos, el vencedor de Sicilia, á fin de «pedirle su consejo sobre el viaje á la Tierra Santa.» Esos mensajeros debían decirle: «Señor, el rey vuestro hermano os pide que toméis la cruz, si os place, para animar á los demás y para espantar á los enemigos de la fe... Quiere también saber qué auxilio le daréis de víveres, bestias, caballos y acémilas á él y á sus barones de Francia que irán en este viaje...»

Este gran celo no era, desgraciadamente, muy ilustrado. Clemente IV se espantaba de ver á Luis pronto

ría y la verdadera llave de los Santos Lugares! «Además deseaba ardientemente que la fe cristiana, que había brillado con tanto esplendor en aquella tierra en tiempo de San Agustín y de los otros doctores ortodoxos, floreciera allí de nuevo.» Esto bastó para que llevara al África la expedición tan penosamente reunida y que era la esperanza suprema de los cristianos de Siria.

Para colmo de locura, el embarque se efectuó en Aigues-Mortes, el 1.º de julio de 1270, en lo más fuerte de la canícula. Diez días después anclaron frente á Cartago. Al cabo de un mes el ejército francés se había deshecho sin combatir, ó poco menos, bajo un sol de fuego; y cuando Carlos de Anjou llegó con refuerzos (25 de agosto), el mismo Luis acababa de sucumbir, víctima de la peste que diezaba su campo.



El rey Luis IX durante la navegación. (Del código *De passagiis in Terram Sanctam*.)

á exponer, en su fe ciega, no solamente su persona, sino que también la de sus tres hijos, á los peligros que iba á correr. El santo rey estaba tan mal informado, como lo había sido veinte años antes, de las formidables inmigraciones de pueblos que agitaban entonces el Asia y del juego político muy complicado que se jugaba entre los Estados cristianos y musulmanes del Mediterráneo. Le persuadieron de que el colmo de la habilidad sería atacar á Túnez (á Túnez, que estaba en relaciones ambiguas con los angevinos de Sicilia) (1) para liberar á Jerusalén. Era el tiempo en que Miguel Paleólogo, el emperador griego de Constantinopla, proponía á Luis que fijara, como árbitro, las condiciones para la unión de las dos Iglesias, griega y latina, dándole seguridades anticipadas de su completa adhesión. El buen rey, que creyó sin duda en la sinceridad de Paleólogo, creyó asimismo que el «rey de Túnez» ardía en deseos de convertirse. Creyó también que Túnez era una presa fácil, el depósito de donde el Egipto sacaba su caballe-

(1) Todo el mundo ha creído hasta ahora que fué Carlos de Anjou, rey de Sicilia, aliado de los musulmanes de Egipto, quien abusó de la candidez de Luis IX para llevarlo á Túnez. Habría tenido necesidad de atemorizar al sultán de dicho punto, y para espantarle de un modo más seguro y con poco gasto, habría desviado la cruzada de su primer objetivo, es decir, el Egipto y después la Siria. Por lo demás, se sabe que de acuerdo con los venecianos había tratado anteriormente de desviar esta misma cruzada contra Constantinopla. Sin embargo, M. R. Sternfeld, en su obra citada, se esfuerza, por el contrario, en demostrar que Carlos de Anjou no tuvo noticia de los proyectos de Luis IX con respecto á Túnez (que le habrían sorprendido extraordinariamente) antes del 22 de julio de 1270. La acusación dirigida contra Carlos de Anjou carecería, pues, de fundamento y habría sido inventada, después del fracaso, por los cruzados, poco satisfechos del giro que habían tomado los acontecimientos. Esta tesis es muy aventurada y ha sido refutada completamente.

## CAPITULO V

REINADO DE FELIPE III (2), DE 1270 Á 1285

I. Felipe III y sus familiares.—II. Los primeros años del reinado.—III. Relaciones con los reinos del Mediodía.—IV. La cruzada de Aragón.

Felipe, hijo mayor de Luis IX, sucedió á su padre. Los destinos del reino dependían ya, en gran parte, del valer del personaje á quien hacía rey el principio hereditario; pronto se demostró, en vista de los hechos, que el moderador de Occidente había sido reemplazado en el trono de Francia por un hombre insignificante.

### I.—Felipe III y sus familiares

Felipe III, rey á los veinticinco años, había vivido en la sombra hasta su advenimiento al trono. Sumiso á su padre, sumiso á su madre, era dócil hasta el exceso. Si, como se cree, la estatua de mármol blanco, ejecutada de 1299 á 1307 por Pedro de Chelles y Juan de Arras, que estaba en Saint-Denis sobre su tumba, debe considerarse como un retrato, Felipe era un hombre vigoroso, de rostro cuadrado, sin barba, de un aspecto plácido y vulgar. Se sabe de él que era muy piadoso, poco ilustrado, siempre dispuesto á «dar de lo suyo» y amante apasionado de la caza. Tenía seguramente algunos rasgos de semejanza con Luis IX; era, como éste, un hombre sin orgullo, bien hablado, pronto á irritarse y á sosegar, de costumbres irreprochables, profundamente honesto; pero falto de perspicacia y de energía,

(2) OBRA DE CONSULTA.—V. Langlois, *Le règne de Philippe III le Hardi*, 1887.